

CUANTO SÉ DE MÍ

sentimus experimurque nos esse aeternos
(Baruc Espinosa)

Antes de despertar en un cuerpo
que se orienta a la luz y allí se abre,
antes de aprender a dibujar en el barro
la cintura porosa del horizonte,
antes de recorrer con los dedos
el vientre abultado de la noche,
los ríos ya tenían manos transparentes
y un diente muy profundo
donde duerme el amor de los guijarros.
Bajo el silencio de los astros,
sobre un borde de praderas y arrecifes,
descansa lo que fui
antes de ser párpado sin rostro,
raíz orientada hacia el ocaso,
labio tembloroso y feble
en el que la vida deposita blandamente
el enjambre de las bocas donde brincan
las manadas salvajes de los besos.

Cuando resbalo de la mano de los sueños
caigo sin remedio en el patio de la infancia
donde un verano interminable
-nunca el último verano-
me coge al vuelo con un delicada dentadura
y me deposita blandamente en el suelo.
Entonces levanto la mirada
y cuento las ventanas de las casas
-veintitrés de izquierda a derecha
treinta y dos si empiezo desde el otro lado-
y dibujo arenques en el suelo
con la uña de mi dedo ocioso.
Luego me tumbo en la grama
y observo cómo me crecen
-en los talones, en los omóplatos-
una alas de cristal diminuto
y un asombro transparente en la mirada.
Mientras el sol del sueño
destila gota a gota el tiempo
yo siento en la cara
cómo el viento que despeina la arboleda
hace sonar el violín de las ramas.
Un músico invisible y una mujer azul
que lleva en los hombros una cabra
señalan con el dedo
la dirección de la marcha.

¿Dónde descubrí el amor?,
¿cuándo se me reveló ese pliegue del alma
que sigue buscando en mi interior
el perfil invertido de la amada?

A veces pienso que ocurrió
en la caricia silenciosa de la arena,
o en la mirada azul de los ocasos,
o en el perfil simétrico de una montaña
que se multiplica, cada vez más pálida,
hacia el vientre de la noche.

Por otro lado, y al hilo de tantas interrogaciones,
¿dónde me descubrí como una luz intacta?,

¿cuándo se despertó en mí
la candorosa unidad de los metales?

La verdad es que lo ignoro.

Lo que sí he averiguado grado a grado
es que he vivido sin saberlo
como un hilo enredado entre planetas,
y que sólo de milagro he sobrevivido
al aliento corrompido de los siluros
que trepa, como un musgo muy negro,
por las paredes del acantilado.

Tienen mi sueños fragmentos de bocas
y alguna que otra vaca amarilla
que pasta la hierba violeta de los prados.
Hay también trozos aislados y rotos de paisaje
que se doblan en los márgenes del tiempo
y unas astillas agudas y largas
que perforan las uñas de los elefantes.
No hay, sin embargo, en mis sueños
caballos de patas delgadas
ni amebas que marquen la hora,
tampoco extensiones interminables
donde los ríos son cintas de plata
a la luz de la luna.
A lo más que llego en mis sueños
es a arrullar a las novias que vuelan
del brazo de sus amados
y a insertar cabeza abajo
una yegua preñada que recuerda que,
a pesar de todo,
la vida siempre se reinicia
en unos términos muy similares.
Que no se me olvide:
En mis sueños hay laderas y glaciares
y unas nubes muy blancas que pasan
como alcatraces planeando sobre la bahía.
A veces la vida es hermosa en mis sueños,
sobre todo los jueves, que es cuando derramo en ellos
todo el ardor de la vigilia.

Cuando era niño me preguntaba
dónde se guarda en verano la nieve de las montañas,
quién la custodia hasta diciembre,
qué hacen las cosas cuando las metemos en el armario
y nos vamos a buscar la merienda,
por qué me emociona el cielo rojo de la tarde,
cuál es el color más adecuado para expresar la nostalgia.

Cuando era niño escribía en las jambas
versos de extraña belleza
y estiraba los dedos para acercarme al pecho
las orillas del mundo
por el mero placer de soltarlas
y sentarme a contemplar
cómo recuperaban lentamente su forma y se alejaban.

Cuando era niño soñaba que me envolvía
una cabellera larga, negra y perfumada
y que de alguna cavidad del sueño brotaba
el amor confuso y persistente
que todavía me acompaña.

Fue un poco más tarde, sin embargo,
cuando supe que el amor dormía debajo del fango,
adherido al pecio de un naufragio,
y que de cuando en cuando se despertaba
y miraba hacia arriba,
hacia la quilla de los corazones
que navegan por sus aguas.
Entonces se despereza y extiende
unos dedos finos y verdes como algas,
o blancos y gomosos como tentáculos de sepia,
de tanto detalle es difícil acordarse
a ciertas edades.
Y casi simultáneamente al amor,
supe que la muerte es una sílaba de polvo
que completa la vida
y le pone el epitafio,
un poco como el martillo que clava la última tabla,
o como el ritmo que canta
hasta la vista, baby, ha sido un placer, sayonara.
Vida, muerte, amor,
con variantes y metamorfosis.
Combina las palabras como quieras:
no hay muchos más trucos en el sombrero
ni quedan más cartas en la manga
del pasajero que se ha dormido
con la frente apoyada en la ventana.

Desde niño quise apropiarme
de la frente arrugada de los montes
donde brilla el ojo del cíclope,
donde los párpados son orillas cenicientas
de unos ríos ignotos.
Desde niño quise caminar lentamente
por el fondo de los mares dormidos
y capturar con el anzuelo invisible
que dibujaba mi dedo en el aire
los peces verdes que nadan
en los estanques de la aurora.
Desde niño me he preguntado
en qué parajes arraigan los árboles nupciales
y cómo se verá mi aldea
desde los barrios de la luna.
Desde niño he sabido
que los deseos se cumplen
si un pone buen cuidado
de no morir a destiempo en un intento inútil.

Algún día me revelará la tierra
sus coordenadas desnudas.
O a lo mejor ya lo ha hecho
y lo que pasa es que se me han olvidado.
A veces me pregunto
cómo será la mortaja que envolverá mis sueños
y en qué lugar se quebrarán las hebras
que entretejen mi vida.
¿Será el mediodía de un martes
en un banco del parque?
¿Será un domingo por la tarde?
Lo que sí sé a ciencia cierta
es que tres hilanderas
me sostienen de puntillas
sobre el agua descalza del que todavía desea
respirar una vez más
el aire amarillo de los trigos.
Algún día, desde lo alto de un cerro,
vislumbraré al violinista verde
que baila en el tejado del granero
marcando con el hombro
la dirección de la marcha.
Cuando escuche su música
me sentaré al borde de la senda,
abrazaré los surcos que se abren como heridas,
me tumbaré de espaldas
y descansaré entre los labios de la tierra
con las manos tendidas a la aurora.

La mejor montaña no es la más alta
sino la que estoy subiendo.
Aún hoy, cuando volteo la cabeza a mitad de la ladera
y miro con asombro el horizonte
me multiplico en cada peña
y me reflejo,
con los ojos girados hacia dentro
en un calidoscopio trenzado de miradas.
Cuando llego a la cima y miro en torno
-trescientos sesenta grados de pureza-
contemplo las otras montañas tendidas
como un paciente que fija los ojos en la lámpara
mientras resbala por la consciencia,
veo las nubes enganchadas en las crestas
como una sucesión de perfiles matizados de azules.
Entonces inspiro y me expando
al compás del latido de la vida,
espiro y vuelvo a ceñirme a mis límites
mientras me explico,
con una repentina intuición del alma,
exactamente qué hay en mí de eterno
y por qué me gusta tanto subirme a las montañas.

He de andar con cuidado porque en cuanto me descuido
la niebla trepa por mis noches
y enarca en el alféizar su lomo de gato.
Luego, si no estoy atento,
frota los bigotes contra el vidrio y ronronea
para que le abra la ventana.
Sí, he de andar con cuidado.
En cuanto me descuido
un oso hormiguero lame las esquinas del ocaso
y enrosca su lengua pegajosa
en el techo reluciente de escamas
donde danzan los novios.
Yo, cuando la niebla descansa,
intento exorcizar tanto misterio.
Es mucho trabajo para tan pocas palabras.
Yo, por si acaso,
junto con cuidado las sílabas, formo los versos
y los coloco frente como caparazones vacíos
que lleno con mi sangre.
A veces, si tengo suerte,
se convierten en mudas de serpiente súbitamente iluminadas.
Luego observo despacio estos sepulcros de luz
cuento las letras, acaricio sus bordes con la mirada
y vierto en ellas lo que a nadie cuento,
salvo a esos guerreros desdoblados y exangües
que a cada instante se desprenden de mi cuerpo
y quedan tendidos en la cuneta
con la mirada vacía

y la sonrisa vuelta hacia el cielo.
No es extraño, pues, que me resulte difícil
entender qué cosa sea eso de la sacralidad del tiempo.
No es fácil con tantas interferencias
percibir la suavidad del cielo
que se extiende sobre el mar como una meditación calmada,
ni llegar a saber de las sutilezas de la escala cromática.
Quizás porque no es fácil me esfuerzo tanto.
Quizás por eso, tierra adentro,
suelo caminar por las aceras
como si ya me hubiera ido,
como si deambulara por el lecho de un río.
Quizás por eso sueño a menudo
con un mar encrespado y violento
que me arroja a la playa de arenas blancas,
donde quedo tendido boca abajo, exhausto y feliz,
tras una singladura que apenas recuerdo.

Mi mirada de niño buscaba fuera de mí
 el amor que tenía dentro.
 Recuerdo que mis ojos escudriñaban
la armonía invisible entre las cosas diversas,
 y que mi corazón segregaba un hilo secreto
 con que ensartar los restos del naufragio
 que ya entonces
la vida depositaba ante mis pies pequeños.
 Sí, lo recuerdo claramente.
 Para ver si algo tenía sentido
 hice vibrar mis emociones
al compás de la brisa que me sopla por dentro,
 y que dobla, como en un espejo inverso,
 a la caricia del viento en la cara.
La verdad es que siempre sospeché que en mi interior
 había misteriosas correspondencias
que construían brizna a brizna, un pequeño mundo
 donde las armaduras son verdes,
 los caballos están pintados de amarillo,
donde las cabras pastan en un prado magenta,
 y en el tejado de una casa muy azul
 canta una mujer al atardecer
la canción que enseña a otros el camino.
 En el tedio de las clases,
 -era yo tan pequeño-
 entre teoremas y gloriosos himnos,
me ponía a bucear en lo apenas vivido.
 ¿Qué buscaba? No lo sé con certeza.

Desde luego no el esplendor marchito del pasado,
que nunca existió en mi caso,
pues carezco del órgano de la nostalgia,
tampoco el llanto por lo que se ha ido.
Quizás, brazada a brazada,
esperaba llegar al fondo
a ver si podía tocar con la punta de los dedos
la piedra firme donde asentar el pie
e impulsarme hacia la superficie
para continuar en la vida un día más,
y un día más sortear
esa sensación tan familiar de vacío.

En cuanto al amor,
ya antes de que la memoria
despeñara sus blandas almenas
en un rotundo presente,
intenté transitar los caminos invisibles
que conducen al beso
y buscar en los otros
la luna sangrante que estaba en mi boca.

En cuanto al amor,
me reflejé en ojos ajenos
y me olvidé de los míos,
y enterré las cuencas vacías
bajo la gruesa manta de innumerables crepúsculos.
Fueron necesarios varios ciclos de desaliento
y algunos fracasos,
bastantes rasguños en el alma y algunos delirios
para aprender a girar la cabeza
y empezar a vislumbrar
que a lo mejor, es posible,
con esfuerzo, empeño y trabajo,
ver llegar el día en que me abra como un limón nocturno,
ver crecer en mis sienes algunas islas
mientras jazmines fragantes como dientes
me entretejen el sexo.

No recuerdo haberme conformado nunca
ni que me satisficieran
las explicaciones de los adultos.
Ya sé que eso de la insatisfacción constante
es la antesala de la ansiedad y del desespero,
y que al final mi carácter se habitúa al sufrimiento,
pero qué le vamos a hacer,
la cosa ya no tiene fácil arreglo.
Tampoco he sabido dejar descansar al mundo
y disfrutar del dulce no hacer nada bajo la sombrilla,
un poco de crema y luego el aperitivo.
Qué le vamos a hacer,
el niño ha venido inquieto de fábrica.
Cuánto me ha gustado siempre
-para gran disgusto de mi madre-
levantarme de madrugada
para sorprender esa luz extraña que emana
del fondo de las cosas,
cuánto he disfrutado desatornillando la tapa del juguete
para observar fascinado el mecanismo,
qué delicia trepar por la fachada
y espiar desde las azoteas
el aire que ondula misterioso
la ropa tendida en los patios.
Solo y en lo alto: ésa es mi querencia.
Así he debido vivir antes de venir al mundo.
Luego -era yo tan niño-, me tendía en las baldosas
y estudiaba los lavabos desde abajo.

¿A quién ha salido este niño tan raro?
¿Por qué se abraza a la hierba
y dice que el sol le revela en la cara,
el volumen de la luz,
qué necesidad tiene de contar en la espalda,
con paciencia franciscana,
las raíces invertidas los árboles?
¿No podría ser como los demás niños?
No sé. No es probable.
Al menos mientras a mis ojos
las mejillas de las muchachas sean un perfil de sangre,
y sus cabellos se me injerten en la piel
como una materia dulce y tierna.
No es fácil que sea como los demás niños
mientras que al mirar sus hombros
no vea unos hombros sino unos senos que imitan
la salvaje redondez de la fruta.

No hay noviembres en mi infancia,
que es tanto como decir que no los recuerdo.
Tampoco registra marzo la memoria,
tan solo un interminable verano en un pueblo
que gira, una y otra vez, en mi cabeza.
Chagall se escondió una aldea en la manga
y ser fue a ver mundo.
Pasaban las guerras y los destierros
mientras él pintaba una y otra vez
su única patria.
Yo guardé un pueblo y un regato.
y salí a ver qué pasaba.
Encontré que lo que le pasa a Chagall
a mí y al más pintado
es la vida.
Ya sé que las cosas no fueron como las recuerdo.
Y es que, por la razón que sea,
la vida y la memoria
rara vez coinciden en sus apreciaciones.
Debe ser por eso por lo que yo siempre
estoy tentado de saltar a la luna
cogido del cuerno verde de una cabra.
Aún hoy el verano
-cualquier verano-
es un eco y una ventana que delimita en el cielo
el vuelo incesante de vencejos
que multiplican en el aire
sus trayectorias quebradas de silencios.

Salí de casa, viví tiempos oscuros,
me rasguñé el alma
y ahora que regreso,
hay un afán de claridad en mí
y, a veces, si me descuido,
hasta una vocación de límite.
Ahí es nada, a lo que ha llegado
el nieto del maestro.

A mí me parece un empeño extraño esto de vivir
en un mundo donde todo se mezcla,
pero lo que yo piense es lo de menos.

La tierra sigue a lo suyo,
pertinaz como el bajo continuo
que asciende desde el centro.

Yo lo escucho en las plantas de los pies
cuando camino descalzo por la grama.

Sobre él se eleva
el acompañamiento orgánico
de aves, plantas y peces.
Más arriba brota el aria.

Es la voz de Prometeo,
que canta su deseo insatisfecho.

Yo también soy ése, y Sísifo si me apuran,
lo que quiere decir que aspiro, como hombre, a lo imposible,
o al menos a no desfallecer en el intento.

¿Hubiera preferido ser tortuga?

Nadie me preguntó, pero no lo creo.

Ya sé que no es fácil desear la pureza

en un mundo impuro

y vivir en el presente

sin renunciar a la memoria.

Quizás porque no es fácil

en mí siempre está siempre,

como una amenaza,

la tentación de darme la vuelta
y saltar a la luna
para vivir colgado de uno de sus cuernos.
En cuanto al silencio de Dios,
sólo es silencio
para quien no sabe escuchar con el pecho.

Cuando se eclipsan las guadañas
que me acechan las sienes
y se aleja el huracán de navajas
que nace de mí y a mí cercena,
quedan las escaleras
donde la luz juega a ser espejo
y esas raíces de colores donde agonizan
los corderos verdes de los sueños.
Entonces se deshace el atardecer
en una delgada inocencia
y concluye el sueño.

Cuando me tiendo en la grama
el cielo talla corazones en mi cuerpo
y las nubes me socavan el torso
hasta dar con la vena del deseo,
que brota como un manantial dormido,
y fluye, y delimita con su orín de perro
el contorno del cadáver desnudo
que formaré algún día.

En ese momento giro la cabeza y contemplo
cuántas cosas ocurren ajenas a mis deseos.

La vida traza sus planes
y yo me limito a ocupar un hueco
hecho a partes iguales
de sombras, musgo y rumor de arena.

Lo que está claro es que
al final del camino me esperan
las huellas de mis pies en el barro

-un cuarenta y dos y medio-,
ni más, ni menos.

Por eso a veces me siento en el zaguán
y juego a vivir las vidas de otros muertos.
Quizás por eso no me resulte tan difícil
eso de morir.

Lo que pasa es que me gusta ponerme trágico,
-por favor, anuncie con el redoble
una difícil pirueta,
mortal y medio hacia atrás
con tirabuzón en medio-.

En realidad para morir
sólo hay que regresar a ser el que fui,
que es alguien a quien olvidé
mientras me daba una vuelta por la vida.

Pero así funciona esto:
Naces, das un pequeño rodeo
y con las primeras estrellas regresas a casa,
como ese maestro de pueblo
que sube todas las tardes la ladera,
se sienta bajo un granado
y ,a veces, escribe versos.

Hay en mí, si miro hacia dentro,
silencio naturales y una diagonal
de espacios siniestros,
también algunos prismas que me convierten
en una sala de espejos
donde los vampiros bailan
y los tiburones enloquecen de amor devorador
y se destrozan al son del minué y de la gavota.
También tengo en mi interior
toda una geografía del sentimiento,
que es del color pastel de los mapas
que pintaba de pequeño en el colegio,
y algunos ribetes, no muchos, de nostalgia.
Lo que más me gusta de mi mundo por dentro
es que nunca marca
el lugar exacto donde me encuentro.
He de confesar que me aburren un tanto
los hombres y sus cosas
-dicho sea con el debido respeto,
Me aburren los hombres, pero no los desprecio.
Por la razón que sea
soy solitario y poroso,
bastante por encima de la media.
En un autorretrato
me pintaría tendiéndole la mano,
las dos manos, los brazos, a los indefensos.
A los estirados, si les tiendes la mano,
se la quedan, y si pueden,

se la venden a un manco,
así que cuidado.
A los débiles me entrego con solidaridad,
no con soberbia.
Lo digo así de claro
para que no se confundan los términos.
Al fin y al cabo
soy uno de ellos.
Salir de mí no quita para que, en mi caso,
todo ocurra por dentro
-todo lo interesante, me refiero-,
aunque supongo que eso es lo que piensa la gente:
por dentro soy un genio.
O no. La verdad es que también estoy lleno
de suposiciones falsas
-todo el mundo es bueno, por ejemplo-
de las que me voy desprendiendo
con la paciencia y el silencio
con que se deshace un olmo
de las hojas muertas.
Lo que es cierto es que debo estar hecho
de materia transparente y flexible,
porque tan pronto soy árbol como piedra,
volcán como fuente.
Incluso a veces soy nube de paso
o la mano de una amada imaginaria
con quien pasear al atardecer
por la orilla del lago.

El amor es el vuelo de un vencejo
en un cielo de caracteres hebreos
y el rumor del viento
que se pierde entre las aliagas.
Visto desde arriba,
el amor es un surco
donde el sol socava la brisa.
Sin embargo, a nivel de tierra,
el amor guarda en su interior una herida.
La mía es creer que soy mágico
y que irradio una fuerza
que todo lo cambia.
La culpa es de Virgilio,
que dijo aquello de
omnia vincit amor y yo,
como un tonto,
creí las divinas palabras.
La verdad es que cualquier verdad
es terrible como un ángel de seis alas.
Al día de hoy sé
que la mayor parte de mis amores
han sido una fantasía.
No es extraño si tenemos en cuenta
que he vivido por la periferia de las cosas
e inventándome la vida.
Ésa es mi herida, la que yo solo me he infligido.
Ya está bastante cicatrizada,
pero a veces se abre con una simple mirada

donde me parece ver cabrilleo
no sé qué esquina de mi propia ánima.
Seguramente la chica me mira así
porque cree haber visto un fantasma,
pero eso a mi fantasía le trae sin cuidado.
La herida se reabre y la sangre llueve de nuevo,
no sé si hacia arriba o de costado.
Siempre me ha resultado difícil
eso de orientarme por dentro.
Luego la cosa se calma,
pero ya da igual porque de nuevo,
me he enamorado de una fantasía.
Y es que la inocencia -la mía-
nunca está suficientemente perdida.
Sea como fuere,
hay en el amor un movimiento ascendente
y en cierto modo es en él donde se encuentra
la esencia de las cosas.
Eso no lo discuto.
También es cierto que, según mi experiencia
el amor aspira a transparentar los cuerpos
demasiado grávidos.
Se compensa así el impulso
que tira de mí hacia el barro.
En definitiva la vida, tal y como yo la veo,
es equilibrio precario de fuerzas,
lucha de contrarios e incesante cambio.
Cada uno lo adorna como quiere
pero, al final, esto del amor
consiste en desplegar tus mejores plumas
y esperar a que te elijan.
Si no se acerca nadie,
siempre puedes echar mano
del dinero de plástico.

No sé si se adelanta algo
deteniendo el tiempo
para disecar en los ojos
algún fotograma.

La cosa no parece complicada:
Seleccionas un momento,
decides que han sido feliz en él,
lo atraviesas con un alfiler
y una vez inmóvil, lo deshojas en la memoria
de la ganga de lo inmediato.

Previamente has de olvidar
que la esencia de la vida
es movimiento y lucha de contrarios.

Lo estático y lo eterno,
y ya de paso los mundos paralelos,
fueron inventados para restañar el miedo.

No sé si se adelanta mucho
resucitando antiguos encuentros
como si en ellos pudiera congelarse
una plenitud que nunca existió,
salvo en el cerebro.

Para algunos las cosas son
lo que piensan de ellas.

No sé. El caso es que el tiempo
sigue a los suyos y abarquilla
las fotos que guardo
en una caja de zapatos.

Eso no hay quien lo niegue.

Si las cosas se mueven
es porque van encajando,
decía mi abuela,
y la vida coloca a cada cual
donde le corresponde.
Sólo hay que sentarse y esperar.
En cualquier caso yo,
puestos a escapar por la tangente,
prefiero deslizarme
por alguna de las aristas del presente
y pastorear los leopardos que pastan en los sueños,
o estudiar la técnica de vuelo
del gavilán que atrapa en el aire
al ratón que trepa por el árbol seco.
No sé, no sé.
Tanto afán de escapar me mosquea.
Si los mejores quieren irse,
quizás la vida no sea tan bella.
Intenta imaginar una vida sin imaginación y verás
lo que es el vacío y la humedad de un sótano
contemplada desde dentro.
En cualquier caso,
y volviendo a eso de la huida,
yo no me preocupo demasiado.
En algún lugar que está a dos paradas de metro,
en un día ya marcado
en el calendario que cuelga en mi cuarto,
me esperan entreabiertos
los labios húmedos y amorosos de la tierra.
Mientras tanto me entretengo
buscando en mí el pulso que hace crecer
a las hortensias en el macetero.

No quisiera renunciar al asombro
de mis ojos infantiles,
pero la verdad es que el tiempo
está haciendo de mí
-por las tardes, entre las seis y las ocho-
un derrotista y un cínico.
No es fácil ver la verdad
con mirada inocente
sin bizquear un poco.
Un ojo -el izquierdo- se ilumina
y el otro sigue alucinando:
así cualquiera se vuelve estrábico.
Supongo que hay que renunciar
y elegir la magia de lo cotidiano.
Qué le vamos a hacer,
no se puede tener todo.
He de reconocer que me gusta
vivir en el engaño.
Por eso cada mañana
le pido la verdad a Dios.
A lo mejor debía ir y robarla,
pero eso me parece muy cansado.
Además, cuando la pido,
siempre se me cae una escama.
No sé si vine a este mundo cegado
o yo mismo me enredé en las vendas.
No está clara la cosa.
Es verdad -lo reconozco-

que he tenido que contarme algunos cuentos
para no tirar la toalla
y morir en el intento.

No sé.

Esto de querer ver las cosas como son
es lo que tiene, que te va endureciendo.

En cualquier caso, y así en general
hay que tener cuidado con lo que se desea
porque al final se consigue,
si antes no te saca a bailar la muerte.
La primavera tuvo su punto de locura,
pero hoy por hoy prefiero deslizarme
por los hombros del estío,
resbalar en el otoño y caer
-de bruces si es preciso-
en el regazo puro y cristalino de la nieve.

Aspiro -inspiro, espiro-
a que mi vida sea
un latido que me lleve a los otros
como un regalo.

Al fin y al cabo dentro y fuera
son las dos laderas de mí mismo.
Puestos a aspirar, aspiro, ya de paso,
a expandirme, a ser poroso,
a aprender de la brisa
y a entender el vuelo de los pájaros.

Aspiro -espiro, inspiro-
a encajar sin estridencias
en la fractura del mundo
que se ve desde mi barrio,
a hermanarme, si es posible,
a la piedra, a la nube, al árbol
y a tenderme en la grama
como un delicado aliento.

Probablemente haya venido
a vadear los ríos verticales,
a asombrarme de todo como un niño
y a hablar de dentro afuera,
como si hablara desde el fondo de un naufragio.

Mientras lo averiguo,
me dedico a aprender del silencio
que se cierra en torno
como una cripta donde respiran los muertos.

Nunca he sentido
la inutilidad del esfuerzo,
con la que algunos se justifican
para tumbarse a ver la tele,
y si la he sentido,
no he bajado los brazos
ni he tirado la toalla.
Siempre he sabido
que el interés está en el camino
y no en llegar a la posada,
así que he luchado cada combate
como si fuera a ganarlo
a pesar de saber de antemano
que lo había perdido.
Tampoco practico
la coartada del desengaño
ni, por suerte, fácilmente me deprimó.
Cuando las cosas se ponen duras
me basta con saber
que todavía respiro
y que el día que se inicia es tiempo robado
a la muerte que me visitó hace años.
Debe ser que todavía me creo eso de que vivo
siempre se está un poco mejor que muerto.
En esta andadura,
a veces me salgo de la traza
por el mero placer de vagar libre por los campos.
Y es que me gusta rodear la espalda de la vida

y tumbarme en la hierba, o en la nieve
para sentir en el silencio
la leve vibración de la tierra
y esos mundo diminutos
que habitan en mis venas.
El tiempo se inventó
para dar forma a los sueños,
-¿para qué si no?-
para que cualquiera diga
"el hoy es bueno, o a lo mejor no tanto,
pero desde luego el mañana es mío".
No sé si hay dos mundos, o quince,
-fuera de mí me refiero-
y no me acuerdo del cielo del que he caído,
pero desde luego no deseo ser eterno.
No sé si todo me parece que cambia
por culpa de la graduación de las gafas
pero tampoco aspiro a que cese el movimiento.
Que las cosas sean inmutables
me parece de lo más aburrido.
Yo, si se puede elegir- prefiero disolverme
-no es preciso que sea ahora mismo-
y que el viento me disperse.
Al fin y al cabo no soy más
-tampoco menos-
que un trozo diminuto de galaxia
al que le han puesto un límite,
un espíritu, una piel y un nombre:
Juan José Cabedo Torres.

Avanza el tiempo
como una cicatriz que ondula el agua
y deja a su paso un rastro de silencio
donde van brotando, como espectros de luz,
los cuerpos desnudos del recuerdo.
Asumo que nunca sabré
cómo fueron realmente las cosas
-ni siquiera las comprendía mucho
cuando las estaba viviendo-
así que me contento con intuir
que al fin y al cabo las cosas son como las recuerdo.
Es aleatorio esto de la memoria:
las imágenes vienen cuando quieren
y se yerguen desenfocadas
como faunos intermitentes,
como dioses borrachos que brindan, ríen,
y se devoran entre ellos.
Yo me siento en el tocón de un roble
y las contemplo en su sutil inconsistencia,
y de paso, como ahora por fin,
he dejado de correr y tengo tiempo,
las tejo y las destejo
con hilo transparente
y las recamo con atributos
que nunca tuvieron.
A veces me pregunto
por qué me empeño tanto en modular la vida
hasta conseguir que se me parezca.

La verdad es que no sé
si hay otra forma de hacerlo,
así que esperaré a la muerte
para ver si así puedo
contemplar las cosas en directo.
En cualquier caso, con los años
y con algo de experiencia voy aprendiendo
a no hacer preguntas que no tienen respuesta.
Dicen que el tiempo te vuelve un tanto escéptico,
pero esto va a ratos. Hoy por hoy todavía me asombro
ante los cielos que huelen a violetas.
Además cada mañana siento
cómo el amanecer derrama sobre mis hombros
su luz silenciosa,
y en la quietud de la noche
veo ascender la luna
como un sacrificio a mis dioses secretos.
En cuanto a la soledad,
no tengo ni idea de lo que es eso.

Tiene mi vida fibras cálidas
y también silencios que se adelgazan como hilos,
mármoles ingrátidos
y horizontes inclinados
que se ciernen como abismos.
Yo, personalmente, vivo en un mundo
en el que, de cuando en cuando,
la lluvia invierte su sentido,
y el viento sopla de todas partes,
como en los laberintos.
A veces el alma se me hace alondra,
o musgo, o rama de acantilado
donde cuelgan los despojos del olvido.
Ahora que sé más de mí creo
que casi siempre me mantengo firme,
aunque en cuanto me descuido
me precipito por los costados de un mar
donde vagan los sueños de los durmientes.
A veces veo con nitidez la trama
que urde a mi alrededor la vida.
Otras veces me confundo y no sé si navego
o si ya he naufragado,
si nado en el mar abierto
o si chapoteo atrapado en el fango.
En cualquier caso, en todos los casos,
cada mañana me descalzo la tristeza,
me enfundo el nuevo día
y dejo que la luz me envuelva.

Así es más fácil continuar el camino.
De lo que no hay duda es de que un día más
siempre es un día más cerca de mí mismo.

De niño me gustaba abrazar el aire,
amasar un barro intangible
y edificar castillos inestables.
En la adolescencia me dio por pensar que yo era
un aborto, en el buen sentido, de la naturaleza.

Al fin y al cabo
había llegado de otro planeta,
y caminaba en soledad
por la superficie de la tierra
buscando, con escaso entusiasmo,
otros miembros mi especie.
Hoy sé que aunque hay en mí
inscripciones que sólo lee el viento
provengo de un lugar donde Alguien
me está pensando
y al que regresaré a su debido tiempo.

Hoy sé que soy
como todo el mundo que se cree distinto,
y la opinión que tengo sobre mí
no es mejor que la que expreso
sobre el resto de la especie.

De niño me fascinaba el caos y lo inconexo,
y ese extraño sumidero donde se escondía la verdad
tras las bambalinas de las apariencias.
Luego hice un acto de fe y empecé a creer
que todo lo que existe está conectado
en una precaria armonía.

No enredemos demasiado con esto.

Cuanto más miro la realidad
más me parece restos de un naufragio
y un entramado de raíces que se enredan
en las manos huesudas de los muertos.
En cualquier caso, sea yo un error
o tenga un sentido incontestable,
viva en el puro caos o en un mundo ordenado,
al día de hoy, diecinueve de septiembre,
prefiero pensar con el corazón,
que es más práctico.
Ahora me interesa más inspirar la realidad
y espirarla en forma de brisa,
caminar descalzo por el campo
-cuidado con los vidrios
de los excursionistas descuidados-
y sentir en la nuca cómo laten las estrellas,
que son abismo y cima simultánea,
recibir la noche en la boca,
besar la oscuridad
y dejarme bañar al amanecer
por la luz silenciosa
que va tallando las cosas,
abrir los brazos y que me invada la tierra.
No sé si hay más éxitos que naufragios
o si alguna vez regresaré
a ese lugar donde arde el fuego.
Lo que sé es que a estas alturas,
afortunadamente,
ya no me peleo.

A veces los patios interiores
amplían sus espacios y se extienden
como un ala sobre la llanura donde el viento
juega a despertar las tempestades.
A veces los ojos de los ángeles
se esconden tras los altares
y en los escombros que pueblan los sueños
crece una hilera de palabras
que nadie escucha en el crepitar del fuego.
Es difícil distinguir las formas que brotan de la luz
cuando la hierba cuelga del cielo
como una verde cabellera.
Es más fácil modular
el aullido de los lobos en la cárcava
y rastrear la huella del sol
que acerca su calva redonda y roja
a la línea de cerros
multiplicados en el azul de la sierra.

No creo que la vida -la mía al menos-
sea de color ceniza,
ni que el tiempo me arrebate nada.
Más bien -en mi caso, al menos-
los días desbrozan la maleza
y purifican lo vivido.
Sí que conozco personas grises
y otras que se deprimen
con las primeras arrugas,
y existen apenas difuminadas y cetrinas.
Así que conviene no confundir las cosas.
La vida es sagrada y noble;
la gente -alguna gente-, no tanto.
A cada uno lo suyo.
Yo, por si acaso,
estoy siempre subiendo una montaña,
incluso mientras viajo en metro
o le cambio los pañales a un niño.
Es obra de amor naturaleza
y es obra de amor supremo la vida,
y de ahí no hay quien me saque.
Contemplar la montaña desde lejos
acercarme lentamente
y progresar sin prisa en la ladera
tiene bastantes valores añadidos.
El más importante
es que todo se ve más claro,
y la claridad es lo que me libera.

¿De qué? Pues no lo sé con claridad,
pero el caso es que me libera.
Tampoco hay que desdeñar, en esto de la montaña,
que los malvados resoplan en la primera rampa,
maldicen y se vuelven al valle,
donde fuman cigarrillos y beben cerveza,
no muy lejos de sus coches.
Luego vuelven a sus casas
a ver cómo está la tele de plasma.
Los pobres no saben vivir sin sus prótesis,
probablemente tampoco con ellas,
aunque en ningún caso esto sea asunto mío.
Sin duda la vida es noble y sagrada.
Lo sé porque saca lo mejor de mí mismo.
No. Definitivamente la vida
-al menos la mía-
no es de color ceniza.

Si alguien me pidiera un autorretrato
lo escribiría en mi libreta:
Soy luz, carne, manantial
y una cadena de plomo
en el hombro curvado de un ángel.
Con eso basta, de momento.
Luego, si insiste, añadiría:
Una línea de sombra divide mi rostro
cuando los árboles se alargan en la tarde.
El tiempo se expande en el espacio,
se curva y regresa.
El círculo se cierra.
¿Tiene el alma geometría?
Cualquiera sabe.
Soy peregrino en un planeta
donde la mirada es táctil
y si espabilas
puedes reconstruir el universo
desde una brizna de hierba.
En cuanto a mis emociones
están intactas en un cuerpo
es cada vez más viejo.
Eso no me preocupa:
Nazco arrugado y desnudo
y desnudo y arrugado regreso.
Lo que yo decía: el círculo se cierra.
Regreso arrugado y más sabio
-al menos eso espero-.

Me he tomado la vida
como un viaje de estudios.
¿Qué sé de ella?
Que puedo amarme en los otros,
y luego contarlo -cantarlo-
por si a alguien le interesa.
En cuanto a las palabras,
y ya para ir terminando,
sólo me gustan las que desvelan y muestran.
Las otras, las que enmascaran y engañan,
que las pronuncien otros.
Hasta aquí lo que puedo decir.
En cuanto a lo que vive en mí
envuelto en el silencio,
cuando muera ya veremos.

Juan José Cabedo, agosto de 2010

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA